

¡Qué fi(s)no(lis)!

¿Por qué hay quien pone a caldo (tildándolos de poco ‘patriotas’) a los profesionales de los medios audiovisuales andaluces por «hablar con las *eses*»?

Tomo prestado el título (y algo más) de la colaboración de Santiago del Rey en *Nuevo retrato lingüístico de Andalucía*, obra colectiva del Grupo EL ESPAÑOL HABLADO EN ANDALUCÍA (EEHA) que la UNIA publicará a principios de 2022. Aunque hasta muchos de los estudiosos del andaluz ignoran (en una o las dos acepciones de este verbo) la existencia de tal Equipo de Investigación de la Universidad Hispalense, a sus integrantes se deben algunas de las aportaciones más clarificadoras y relevantes para el conocimiento de las hablas andaluzas. Si «por sus obras lo conoceréis», remito al interesado o curioso a comprobarlo en la dirección: grupo.us.es/ehandalucia.

En un reciente escrito sobre ‘El andaluz de 2050’ (¡ahí es nada!), un profesor de la Universidad granadina, si bien elucubra brevemente acerca de cómo se pronunciarán la /j/ (¿*deha*[d]o?) o la /ch/ (¿*mushasho*?), se centra en qué pasará con la –s implosiva (¿*pahma*[d]o?). Nada de particular. De *fino* (o *fisno* o *finolis*) suelen calificar algunos al andaluz que, en lugar de (no entro en si es *seseante*, *ceceante* o distinguidor de s/z) *loh cahcoh ihtórico de bahtante de lah principale ciudade andaluza ehtán dehao de la mano de Dió*, dice *los cascos históricos de bastantes de las principales ciudades andaluzas están dejados de la mano de Dios*. ¿Cuántos, quiénes y en qué situaciones? Imposible responder. Menos mal que cada vez son menos los que ven ‘deslealtad’ (incluso ‘traición’) en ‘reponer’ (algunas de) las *eses* (en el ejemplo, 14, tantas como palabras, si se prescinde de la preposición *de*).

Estamos, dice S. del Rey, ante un falso antagonismo. Habría que añadir que, más que rivalidad dicotómica, lo que hay son relaciones multidireccionales, en las que los actores cambian de ‘bando’ continuamente. Del aragonés Manuel Alvar, que dirigió durante casi cuarenta veranos en Málaga un prestigioso Curso de Filología, la prensa siempre destacaba su hablar fino («con todas las *eses*»), pero lo hacía con admiración y hasta cierta ‘envidia’. En cambio, cuando (no es algo que me hayan contado) alguno de los muchos que tuvieron

que salir fuera de Andalucía volvía al cabo de un tiempo al pueblo con un coche que le «había costado cerca de seiscientas mil pesetas», las -s resultaban a sus paisanos afectadas, impostadas, como si pretendiera hacer ver que había pasado a un estatus ‘superior’.

Dentro de la región, la oscilación entre pronunciarlas o no, o realizarlas como ‘aspiradas’ se ‘juzga’ de modos distintos, según quién hable, de qué, dónde y para qué, y a quiénes se dirija ¿Qué hacen fuera? Contaré, por si sirve de algo, mi caso personal. Nada más terminar la carrera en Granada me trasladé a Madrid, donde fui profesor (de Lengua Española) en la Universidad Autónoma durante once años. Desde el primer momento, sin esfuerzo adicional alguno, me habitué a ‘recuperar’ en clase las -s (no todas). No me sentía desleal a nadie ni a nada, y sí ‘cómodo’ y relajado, porque no tenía la menor duda de que estaba haciendo lo que más (me) ‘convenía’. Además, si, de no haberlo hecho, algunos alumnos se hubieran (son)reído, tenía prevista mi reacción: ¿alguien me puede dar un solo argumento (que no sea, claro, el de «lo mío —o lo de aquí— es lo mejor») que demuestre que una cosa es peor que la otra?

Los andaluces, hay que recordarlo, no son los ‘propietarios’ de tal hábito articulatorio, y la ‘aspiración’ no es la solución única (la -s puede llegar a asimilarse a la consonante que sigue: *cacco [h]ittórico*). Se da en zonas murcianas, manchegas (el exministro y expresidente del Congreso J. Bono es un caso ‘paradigmático’), extremeñas, canarias, caribeñas..., y la realización de *es que* como *ehque* (o *ejque*) se considera seña de identidad de los madrileños. A su vez ¿a quién no llama la atención la realización casi ‘arrastrada’ de las -s finales de los mexicanos?

¿Por qué hay quien pone a caldo (tildándolos de poco ‘patriotas’) a los profesionales de los medios audiovisuales andaluces por «hablar con las eses»? ¿A qué se debe que alguien haya llegado a escribir que un portavoz del gobierno andaluz renunció a sus orígenes al «absorber las eses» con la misma rapidez con que pasó a vestir chaqueta y corbata?

Lo que de verdad importa no es contar las -s que suenan o dejan de sonar, mucho menos vaticinar si los andaluces en el futuro van a ‘aspirarlas’ más o menos que ahora, un ejercicio de adivinación tan arriesgado como inútil, sino (re)conocer que ya, en el presente, progresa la competencia de un número creciente de ellos al hablar (y escribir), *en español*. Las reacciones (no racionales) de intolerancia respecto al comportamiento lingüístico (el hecho social por antonomasia) de (los) otros van a menos. No, no es razonable

convertir en bandera un rasgo fonético 'disidente' (¿de cuántos y quiénes?) que no determina la calidad del hablar.